

# EL MESÍAS

## Consumado es / Parte 3

---

Por Samuel Hernández Clemente

**Lectura bíblica:** Juan 4:3-34; Juan 20:30-31; Deuteronomio 17:14-20; Isaías 61:1-3

**Texto clave:** "Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo" (Juan 4:26)

### ¿Qué hace al cristianismo diferente?

Hermano, querido hermano en Cristo, permíteme comenzar con algunas preguntas que quizá has escuchado en tu caminar cristiano, pero que vale la pena traer nuevamente a la memoria y someterlas a la luz de las Escrituras.

¿Qué significa realmente cuando llamamos a Jesús "Señor"? ¿Es acaso un título honorífico que añadimos a nuestras oraciones por costumbre, o encierra una realidad que transforma por completo nuestra existencia? ¿Por qué razón el Nuevo Testamento insiste con tal fuerza en que "Jesús es el Señor" como credo fundacional de la fe cristiana? ¿Y qué tiene que ver esto con ese antiguo anhelo del pueblo de Israel por la llegada del Mesías prometido?

Vivimos en una época donde la palabra "señor" ha perdido casi todo su peso. En nuestra cultura secular, saturada de individualismo y autodeterminación, la idea de someternos voluntariamente a una autoridad superior resulta no solo extraña, sino francamente ofensiva para la sensibilidad moderna. Se nos dice que debemos ser nuestros propios señores, que la autonomía es la máxima virtud, que rendir cuentas a alguien por encima de nosotros es una forma de debilidad o incluso de opresión.

Pero el cristianismo, querido hermano, siempre ha afirmado lo contrario. Desde sus inicios, la iglesia ha confesado que Jesucristo es el Señor, el Rey, el Ungido, el Mesías prometido desde antiguo. Esta confesión no es un mero asentimiento intelectual, sino que constituye el fundamento mismo sobre el cual se edifica toda la vida cristiana. No podemos llamarnos cristianos si no reconocemos que Jesús es el Cristo, el Ungido de Dios, y que como tal tiene plena autoridad sobre nuestras vidas.

El evangelio de Juan nos dice explícitamente cuál es su propósito: que los lectores "creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:31). Observa con atención, hermano: Juan no dice que escribió para que tengamos una experiencia emocional intensa, ni para que adoptemos un código moral, ni para que nos sintamos parte de una comunidad agradable.

El propósito es que lleguemos a una convicción profunda y transformadora: que Jesús es el Mesías, el Ungido, y que esa convicción nos conduzca a la vida eterna.

Pero aquí surge una pregunta que debemos considerar con seriedad: ¿Qué significa realmente que Jesús sea el Mesías? ¿Cómo entendían los judíos del primer siglo esta expectativa mesiánica? ¿Y qué implicaciones tiene para nosotros hoy, que vivimos en un contexto tan diferente al de aquel entonces?

La respuesta a estas preguntas nos llevará a descubrir una de las verdades más hermosas y transformadoras de toda la Escritura: que el Dios del universo, el Señor de cielos y tierra, ha establecido un Reino, y que ese Reino tiene un Rey. Y ese Rey no es como los reyes de este mundo, ni como los reyes que Israel conoció en su historia. Es el Rey perfecto, el Rey permanente, el Rey pastoral. Es el Mesías prometido, el Ungido de Dios, Jesucristo nuestro Señor.

En este artículo, querido hermano, quiero invitarte a recorrer conmigo las Escrituras para descubrir la gloria de este Mesías, el contraste asombroso entre los ungidos del Antiguo Testamento y el Ungido por excelencia, y las implicaciones prácticas que esto tiene para nuestra vida diaria. Porque no se trata solo de información teológica, sino de conocer al Rey al cual servimos y de comprender qué significa vivir bajo su gobierno en medio de un mundo que se rebela contra su autoridad.

## ¿A qué vino Cristo?

Cuando hablamos del Mesías, querido hermano, estamos utilizando un término que puede resultar familiar pero que quizá no hemos meditado con la profundidad que merece. La palabra "Mesías" proviene del hebreo *Mashíaj*, que significa "ungido". Su equivalente griego es *Christós*, del cual obtenemos nuestro término "Cristo". Así que cuando decimos "Jesucristo", estamos diciendo "Jesús, el Ungido". Y cuando confesamos que Jesús es el Cristo, estamos afirmando que Él es aquel sobre quien descendió la unción del Espíritu Santo para cumplir la obra redentora de Dios.

## I. He aquí el Mesías prometido; un Rey perfecto

Para comprender la grandeza de este Mesías, debemos entender primero el contexto en el que surge la expectativa mesiánica. Desde los albores de Israel como nación, Dios había establecido que su pueblo sería gobernado por un rey. Pero no un rey cualquiera. Las naciones paganas tenían reyes que se consideraban divinos, que legislaban según su capricho y cuyo poder era absoluto y frecuentemente tiránico. Pero en Israel sería diferente.

Escucha las instrucciones que el Señor dio a través de Moisés para cuando el pueblo estableciera un rey: "Cuando hayas entrado en la tierra que Jehová tu Dios te da, y tomes posesión de ella y habites en ella, y digas: Pondré un rey sobre mí, como todas las naciones que están en mis alrededores; ciertamente pondrás sobre ti por rey al que Jehová tu Dios escogiere; de entre tus hermanos pondrás rey sobre ti; no podrás poner sobre ti a un hombre extranjero, que no sea tu hermano" (Deut. 17:14-15). Luego continúa con instrucciones específicas: el rey no debía multiplicar caballos, ni multiplicar mujeres, ni multiplicar plata y oro. Y lo más importante: "cuando se sienta sobre el trono de su reino, escribirá para sí en un libro una copia de esta ley... y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Jehová su Dios, para guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos, y para ponerlos por obra" (Deut. 17:18-19).

¿Captas la maravilla de esto, hermano? En Israel, el rey no era un soberano absoluto que podía hacer lo que quisiera. Era, ante todo, un siervo de Dios. Su autoridad estaba subordinada a la autoridad divina. Sus leyes no eran producto de su imaginación, sino que debían estar en perfecta armonía con la ley de Dios. El rey era un "ungido", consagrado para una tarea sagrada: gobernar al pueblo de Dios bajo el gobierno de Dios.

Sin embargo, la historia de la monarquía en Israel es, en gran medida, una historia de fracaso. Desde el primer rey, Saúl, vemos la desobediencia y la rebelión contra la palabra del Señor. David, a pesar de ser llamado "un hombre conforme al corazón de Dios" (1 Sam. 13:14), cayó en adulterio y homicidio. Salomón, el más sabio de los reyes, multiplicó caballos, mujeres y riquezas, justo lo que se le había prohibido, y al final de sus días sus corazones se inclinaron hacia dioses extranjeros. La frase que se repite como un epitafio sobre la mayoría de los reyes de Israel y Judá es devastadora: "hizo lo malo ante los ojos de Jehová".

Observa con atención, querido hermano: reyes que se postraron ante ídolos, que derramaron sangre inocente, que oprimieron al pueblo, que hicieron lo que era malo a los ojos del Señor. Incluso los mejores de ellos, como Josías o Ezequías, fueron hombres imperfectos, con limitaciones y pecados. Ninguno de los ungidos de Israel pudo ser el rey perfecto que la nación necesitaba.

Y es precisamente en este contexto de fracaso reiterado donde la promesa mesiánica adquiere su esplendor. Porque Dios no abandonó su propósito. A través de los profetas, anunció que un día vendría un Ungido diferente. Este sería el "Renuevo justo" (Jer. 23:5), el que gobernaría con justicia y rectitud. Este sería el Príncipe de Paz (Isa. 9:6), cuyo gobierno no tendría fin. Este sería el siervo del Señor que no fallaría ni se desanimaría (Isa. 42:4).

Cuando Jesús aparece en la historia, los judíos del primer siglo vivían bajo el yugo romano. El imperio más poderoso de la tierra había sometido a Judea, cobraba impuestos opresivos y mantenía el control mediante una combinación de fuerza militar y colaboracionistas locales. La esperanza mesiánica ardía con intensidad. La gente esperaba a aquel que, como David en sus días, derrotaría a los enemigos de Dios y establecería un reino de justicia y paz.

Pero Jesús no se presentó de la manera que muchos esperaban. Lee conmigo el evangelio de Juan y notarás algo sorprendente: Jesús no va por las calles proclamando en voz alta: "¡Soy el Mesías!" Es más bien reservado, cauteloso. En su sermón más famoso, el Sermón del Monte, no hace una declaración directa de su identidad mesiánica. ¿Por qué? Porque el término "Mesías" se había cargado de significados que no correspondían con el propósito de Dios. Para muchos, Mesías significaba un líder militar que expulsaría a los romanos, un caudillo que restauraría la gloria terrenal de Israel, un rey que favorecería solo a los judíos. El término se había corrompido, había perdido su significado original.

Jesús quería que la gente llegara a la conclusión de quién era Él por sus obras y por su mensaje, no por un título que podía ser malinterpretado. Quería que descubrieran al Mesías verdadero, no al que su imaginación había construido.

Sin embargo, hay momentos en que Jesús revela abiertamente su identidad. Uno de ellos, particularmente hermoso, ocurre en su conversación con la mujer samaritana junto al pozo de Jacob. Ella, después de escuchar las palabras de Jesús, expresa su esperanza mesiánica: "Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas" (Juan 4:25). Y Jesús responde con una claridad que quita el aliento: "Yo soy, el que habla contigo" (Juan 4:26).

Observa la escena, hermano. Una mujer samaritana, de una región despreciada por los judíos, con un pasado moral complicado, es la receptora de una de las revelaciones más explícitas de Jesús sobre su identidad. En un instante, todos los oráculos proféticos, todas las promesas acumuladas durante siglos, todas las expectativas acumuladas encuentran su cumplimiento en la sencilla afirmación: "Yo soy". Él es el Ungido. Él es el Mesías. Él es el Rey prometido.

Y ahora, querido hermano, debemos preguntarnos: ¿Qué clase de Rey es este? ¿En qué se diferencia de todos los reyes que Israel conoció?

La respuesta es que este Mesías es el Rey perfecto. A diferencia de Saúl, que desobedeció la palabra del Señor, Jesús es la Palabra hecha carne que nunca transgredió el mandamiento del Padre. A diferencia de David, que cayó en pecado grave, Jesús fue tentado en todo pero sin pecado.

A diferencia de Salomón, que al final se desvió hacia otros dioses, Jesús es el Hijo único que permanece en perfecta comunión con el Padre.

Él es el Rey que cumple perfectamente lo que Deuteronomio 17 requería: no multiplicó caballos (poder militar), porque su reino no es de este mundo; no multiplicó mujeres, porque su desposada es la iglesia; no multiplicó plata y oro, porque siendo rico se hizo pobre; y la ley de Dios no solo estaba escrita en un libro, sino grabada en su corazón. Él es la ley viviente, la justicia encarnada.

Este es el gran contraste, querido hermano: los ungidos del pasado, por buenos que fueran en algunos momentos, siempre tenían defectos. Incluso el mejor de ellos dejaba algo que desear. Pero Jesús, el Mesías, es perfecto. En Él no hay sombra de pecado. Su justicia no es parcial ni intermitente. Su fidelidad al Padre es absoluta y constante. Él es el Rey que la ley requería, el Rey que los profetas anunciaron, el Rey que el pueblo necesitaba.

Y esto tiene implicaciones directas para nuestra vida, hermano. Porque si Jesús es el Rey perfecto, entonces podemos confiar en Él sin reservas. No tenemos que preocuparnos de que falle, de que cambie de parecer, de que un día decida torcer la justicia por conveniencia. Su perfección es nuestra garantía. Podemos someternos a Él con plena confianza, sabiendo que su gobierno es bueno, justo y santo.

Además, la perfección de Cristo nos confronta con nuestra propia necesidad. Ninguno de nosotros es perfecto. Ni siquiera nuestros mejores esfuerzos alcanzan la gloria de Dios. Pero el Mesías perfecto no solo reina sobre nosotros, sino que su perfección se nos imputa. Él es nuestra justicia delante de Dios. Por fe, somos cubiertos con la perfección de nuestro Rey.

## **II. He aquí el Mesías supremo; un Rey permanente**

Hay otro contraste que debemos considerar, querido hermano, y es el de la permanencia. La historia de los reyes de Israel nos muestra una sucesión constante: un rey muere, otro lo sucede. A veces la transición era pacífica; otras veces, violenta. Golpes de estado, asesinatos, usurpaciones del trono. Los reinados tenían un principio y, tarde o temprano, un fin.

Incluso los mejores reyes tuvieron un final. David envejeció y murió. Josías cayó en batalla. Ezequías sucumbió a la enfermedad. No importa cuán grande fuera un rey, su reinado siempre estaba limitado por su propia mortalidad. Y con su muerte, la estabilidad que había traído podía desvanecerse rápidamente. El reino de Israel, dividido en dos, sufrió los vaivenes de la historia, fue conquistado y llevado al exilio, y aunque algunos regresaron, la gloria del trono davídico nunca volvió a ser lo que fue.

Pero el Mesías que ha venido en Jesús es diferente. Su reinado no tiene fin. Escucha la promesa que el ángel Gabriel anunció a María: "Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin" (Lucas 1:32-33).

Observa la magnitud de estas palabras, hermano. No dice "reinará por muchos años" ni "su dinastía perdurará por generaciones". Dice "para siempre". Su reino no tendrá fin. Este Mesías no es un rey temporal, sino eterno.

¿Cómo puede ser esto? Porque este Rey, a diferencia de todos los demás, ha vencido a la muerte. Fue crucificado, sí. Murió en una cruz bajo el peso de nuestros pecados. Pero al tercer día resucitó con poder y gloria. La muerte, que es el fin de todo reinado humano, no pudo retenerlo. Él tiene las llaves de la muerte y del Hades (Apoc. 1:18). Y habiendo resucitado, no volverá a morir. Su reinado es para siempre.

Jesús mismo afirmó esto con claridad: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18). No "alguna potestad" ni "potestad temporal". Toda potestad. Y esta autoridad no disminuye con el tiempo. No hay golpe de estado que pueda destronarlo. No hay rebelión que pueda usurpar su trono. No hay crisis que pueda debilitar su reino. Él reina, y reinará, por los siglos de los siglos.

Esto es crucial, querido hermano, porque vivimos en un mundo donde las autoridades son frágiles. Los gobiernos suben y bajan. Las naciones se levantan y caen. Los líderes que parecían invencibles terminan en el olvido. Incluso nuestras propias vidas están marcadas por la transitoriedad. Pero el Mesías Jesús es la roca firme sobre la cual podemos construir nuestras vidas. Su reino es el único que no será sacudido.

Hay algo más que debemos considerar aquí, hermano. La permanencia de este Rey nos asegura que su obra redentora es completa y definitiva. Los reyes de Israel podían hacer reformas, pero siempre eran parciales y temporales. Josías eliminó la idolatría durante su reinado, pero después de su muerte, el pueblo volvió a sus prácticas abominables. No pudieron cambiar los corazones.

Pero el Mesías Jesús, por su muerte y resurrección, ha inaugurado un nuevo pacto. Ha escrito su ley en nuestros corazones. Ha enviado al Espíritu Santo para morar en nosotros. Su obra redentora no es superficial ni temporal, sino profunda y eterna. Los que están en Cristo son nueva creación. Lo viejo pasó, he aquí todas son hechas nuevas.

Y hay una implicación más, hermano, que debemos tomar en serio. Si este Rey reina para siempre, entonces nuestra lealtad a Él debe ser absoluta y permanente. No podemos servirle solo cuando nos conviene, o mientras no haya dificultades.

Él es Señor para siempre, y nosotros somos sus siervos para siempre.

La obediencia que Él demanda no es temporal ni condicional. Es una entrega total y permanente.

En una cultura que valora la autonomía y la libertad de cambiar de opinión según las circunstancias, la idea de un compromiso permanente con un Rey puede sonar restrictiva. Pero la verdad es que es liberadora. Porque cuando nos entregamos a este Rey permanente, encontramos estabilidad en medio de un mundo inestable. Su reino no es sacudido por las tormentas de la historia. Su trono no es amenazado por los cambios políticos. Y nosotros, sus súbditos, tenemos la seguridad de que nuestro futuro está asegurado en sus manos.

### **III. He aquí el Mesías redentor; un Rey pastoral**

Hay un tercer contraste que quiero que consideremos, querido hermano, y es quizá el que más consuelo nos trae. En Israel, el rey no solo debía gobernar con justicia, sino que también debía cuidar del pueblo como un pastor cuida de sus ovejas. Esta imagen del rey como pastor aparece repetidamente en el Antiguo Testamento. Dios habla de David como aquel que fue tomado del redil para pastorear a su pueblo (2 Sam. 7:8). Y los profetas anuncian que el Mesías vendría como el Pastor de Israel.

Sin embargo, la historia de los reyes de Israel nos muestra con frecuencia lo contrario. En lugar de pastores, encontramos lobos. Reyes que explotaban al pueblo para su propio beneficio. Reyes que oprimían a los débiles. Reyes que se enriquecieron a expensas de los pobres. Reyes que se vendían a intereses extranjeros. Reyes que, en lugar de guiar al pueblo hacia Dios, lo desviaban hacia la idolatría.

Saúl persiguió a David por pura envidia y celos. Roboam amenazó con aumentar las cargas sobre el pueblo, lo que provocó la división del reino. Acab y Jezabel asesinaron a Nabot para apoderarse de su viña. Manasés derramó tanta sangre inocente que llenó a Jerusalén de extremo a extremo. La lista es larga y dolorosa.

Incluso cuando los reyes eran nominalmente buenos, a menudo estaban distantes del sufrimiento del pueblo. Vivían en palacios mientras el pueblo padecía. Gozaban de privilegios mientras los pobres pasaban necesidad. La brecha entre el rey y sus súbditos era enorme.

Pero cuando Jesús, el Mesías, aparece, todo esto se invierte. Él no viene a ser servido, sino a servir. No busca un palacio, sino que nace en un pesebre. No se rodea de cortesanos, sino que anda con pescadores, pecadores y marginados. No acumula riquezas, sino que tiene un estilo de vida sencillo, al punto que no tenía dónde recostar su cabeza.

Jesús es el Rey que se acerca a los afligidos. En el Sermón del Monte, su primer mensaje es para los pobres en espíritu, los que lloran, los mansos, los

que tienen hambre y sed de justicia (Mateo 5:3-6). No los condena, los bendice. No los ignora, los consuela.

Es el Rey que se compadece de las multitudes porque estaban "como ovejas que no tienen pastor" (Mateo 9:36). Es el Rey que toca a los leprosos, que se deja tocar por la mujer con flujo de sangre, que detiene su camino para atender al ciego Bartimeo. Es el Rey que llora en la tumba de Lázaro, que se conmueve por el dolor de sus amigos.

Observa, querido hermano, cómo Jesús aplica a sí mismo las palabras proféticas de Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón; para pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; para poner en libertad a los oprimidos; para predicar el año agradable del Señor" (Lucas 4:18-19, citando Isaías 61:1-2). Él es el Ungido, el Mesías, y su unción es para servir, para sanar, para liberar.

La imagen que mejor captura esta realidad es la del buen pastor. Jesús se presenta como el pastor que da su vida por las ovejas (Juan 10:11). En contraste con los pastores mercenarios que huyen cuando viene el lobo, este Pastor se queda, lucha, y da su vida para proteger al rebaño. No es un rey que usa a su pueblo para sus fines, sino que se entrega a sí mismo por el bien de su pueblo.

Esto es radicalmente diferente a todo lo que el mundo conoce sobre el poder y la autoridad. Los reyes de este mundo usan su poder para su propio beneficio. Los líderes del mundo se engrandecen a sí mismos. Pero el Mesías Jesús, el Rey de reyes, usa su poder para servir. Su grandeza se muestra en su humildad. Su gloria se revela en su sacrificio.

Y esto tiene profundas implicaciones para nosotros, querido hermano. Si Jesús es este tipo de Rey, entonces podemos acercarnos a Él con confianza. No tenemos que temer que nos rechace por nuestras debilidades. No tenemos que esconder nuestras lágrimas o nuestras heridas. Él es el Rey que se compadece, que escucha, que sostiene.

Además, su ejemplo nos llama a seguir sus pasos. Si nuestro Rey vino a servir, nosotros, sus súbditos, también debemos servir. Si nuestro Pastor dio su vida por las ovejas, nosotros debemos estar dispuestos a sacrificarnos por nuestros hermanos. La autoridad que se nos ha dado en la iglesia no es para dominar, sino para edificar. El liderazgo cristiano no es para engrandecerse, sino para servir con humildad.

En una cultura que idolatra el poder, el éxito y la influencia, el modelo del Rey pastoral es un contracultura radical. Nos recuerda que en el reino de Dios, la grandeza se mide por el servicio. Que la verdadera autoridad se gana en la humildad. Que el camino hacia la exaltación pasa por el valle de la entrega.

## CONSUMADO ES

Hemos recorrido un largo camino en este artículo, querido hermano, y es momento de recoger las verdades que hemos considerado y permitir que ellas calen profundamente en nuestro corazón.

Hemos visto que el cristianismo no es simplemente un conjunto de creencias abstractas, ni un código moral, ni una experiencia emocional. El cristianismo es, ante todo, el reconocimiento de que Jesucristo es el Mesías, el Ungido de Dios, el Rey que ha venido a establecer el Reino de los cielos en medio de un mundo en rebeldía.

Hemos considerado el contraste entre los ungidos del Antiguo Testamento y el Ungido por excelencia. Aquellos reyes, por buenos que pudieran ser en algunos momentos, fueron siempre imperfectos, temporales, y con frecuencia egoístas y opresores. Pero Jesús, el Mesías, es el Rey perfecto, que cumplió perfectamente la ley de Dios y se mantuvo fiel hasta la muerte. Es el Rey permanente, que venció a la muerte y reina para siempre, sin que nadie pueda destronarlo. Es el Rey pastoral, que no vino a ser servido sino a servir, y que dio su vida por sus ovejas.

Esta es la buena noticia del evangelio: el Rey ha venido. El Ungido prometido desde los días de Abraham, anunciado por los profetas, esperado por generaciones, ha aparecido en la persona de Jesucristo. Y su reino está abierto a todos los que se rinden a Él con fe y obediencia. Pero debemos ser claros, querido hermano, porque hay una verdad incómoda que no podemos evadir.

El evangelio de salvación es una oferta para los que se rinden en sometimiento a Cristo como Rey. Fuera de esta dinámica de obediencia y sumisión a Jesucristo, no es posible pretender que se tiene redención ni mucho menos una genuina religión cristiana. No podemos llamar a Jesús "Señor" si no estamos dispuestos a hacer lo que Él dice. No podemos proclamar que Él es el Mesías si no estamos dispuestos a someternos a su gobierno sobre todas las áreas de nuestra vida.

En nuestro tiempo, muchos han querido abrazar a Cristo como Salvador pero no como Señor. Quieren los beneficios de su redención sin las demandas de su señorío. Quieren la salvación que Él ofrece sin la sumisión que Él requiere. Pero esto es imposible, hermano. No se puede dividir a Cristo. Él es el Ungido, el Mesías, el Rey. Y aceptarlo como Rey es la condición para recibirlo como Salvador. La mujer samaritana recibió la revelación de que Jesús era el Mesías, y su respuesta fue inmediata: dejó su cántaro, fue al pueblo, y testificó a otros. Su encuentro con el Rey transformó su vida. No siguió igual que antes. Su prioridad cambió. Su identidad se reconfiguró alrededor de aquel que le había hablado junto al pozo.

Y así debe ser con nosotros, querido hermano. Si Jesús es el Mesías, entonces Él es el centro de nuestra vida. Su voluntad es nuestra ley. Su reino es nuestra prioridad. Su gloria es nuestro propósito. No podemos vivir como si fuéramos nuestros propios dueños. Hemos sido comprados por precio, y ese precio es la sangre del Mesías.

Esto no significa que vivamos en una esclavitud temerosa, sino en una libertad gozosa. Porque este Rey, a diferencia de todos los demás, nos ama. Este Rey, a diferencia de los tiranos de este mundo, dio su vida por nosotros. Servirle no es una carga, sino un privilegio. Obedecerle no es una pérdida de autonomía, sino el descubrimiento de nuestra verdadera identidad como criaturas hechas para estar bajo su gobierno.

Así que, hermano, te invito a que medites en estas verdades. A que examines tu corazón y te preguntes: ¿He reconocido verdaderamente a Jesús como mi Mesías? ¿Vivo bajo su señorío en todas las áreas de mi vida? ¿O hay áreas donde todavía quiero ser mi propio rey? ¿Estoy dispuesto a someterme a Él no solo en teoría, sino en la práctica diaria?

Porque la promesa es clara: los que creen que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, tienen vida en su nombre. No una vida cualquiera, sino vida eterna. Vida en abundancia. Vida en comunión con Dios. Vida bajo el gobierno del mejor de los Reyes.

Consumado es, hermano. El Mesías ha venido. El Rey está en su trono. Y su reino, bendito sea su nombre, no tendrá fin.

## Oremos:

*Oh Padre santo, Dios de Abraham, Isaac y Jacob, te damos gracias porque en el cumplimiento de los tiempos enviaste a tu Hijo, el Mesías prometido.*

Gracias porque no nos dejaste en el fracaso de los reyes humanos, sino que nos diste al Rey perfecto, Jesucristo. Confesamos con vergüenza que muchas veces hemos querido ser nuestros propios reyes, gobernar según nuestros deseos, y resistir tu autoridad sobre nuestras vidas.

Perdónanos, Señor, por nuestra rebelión. Te pedimos que el Espíritu Santo escriba profundamente en nuestros corazones la verdad de que Jesús es el Cristo, el Ungido, y que esta verdad transforme nuestra manera de vivir.

*Ayúdanos a someternos gozosamente a su señorío en cada área de nuestra existencia. Que su perfección sea nuestra confianza, su permanencia nuestra seguridad, y su pastoral cuidado nuestro consuelo. En el nombre de Jesús, nuestro Mesías y Rey. Amén.*

## Preguntas de repaso

1. ¿Qué significa el término "Mesías" o "Cristo", y cómo se relaciona este concepto con la institución de la monarquía en Israel?
2. ¿Por qué Jesús fue reservado al declarar abiertamente su identidad mesiánica, y en qué contexto específico del evangelio de Juan hace una revelación explícita de ser el Mesías?
3. ¿En qué aspectos Jesús, como Mesías, contrasta con los reyes de Israel que le precedieron, considerando su perfección, permanencia y carácter pastoral?
4. ¿Por qué es imposible separar el reconocimiento de Jesús como Salvador de su aceptación como Señor, y qué implicaciones tiene esto para la vida cristiana cotidiana?
5. ¿De qué manera la permanencia del reinado de Cristo ofrece seguridad y estabilidad a los creyentes en medio de un mundo caracterizado por autoridades frágiles y cambiantes?

Pbro Samuel Hernández Clemente

📷 📱 📺 📺 una vida reformada  
[unavidareformada.blogspot.com](http://unavidareformada.blogspot.com)



*Creamos contenidos para ayudar a los peregrinos a:  
conocer a Cristo, caminar con Cristo y comunicar a Cristo.*